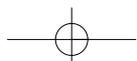


PRÓLOGO

EN MEMORIA DE LA MEMORIA

LA cuestión era recuperarnos un poco de la vergüenza de ser españoles. Por eso llamé a José Javier Esparza a la COPE. No hay ningún país en el mundo con una historia tan grande y una memoria tan deformada. Los españoles, al menos los que padecemos la EGB y los que después han sido destrozados por la LOE y la LOGSE, ignoramos casi todo de nuestro pasado y apenas hilvanamos Inquisición, Reconquista y América —en una versión profundamente deformada— para definirnos como pueblo y apesadumbrarnos por ello. Ninguna de nuestras grandes gestas nacionales e internacionales ha sobrevivido a la Leyenda Negra y a la entusiasta colaboración que los sistemas de enseñanza le han prestado para difundirse y anclarse en nuestras cabezas. Lo más asombroso es que nadie nos ha obligado a deformar la realidad, ningún país nos ha sometido e impuesto su versión de los hechos: lo hemos elegido solitos. El resultado es que, para una mayoría, el impulso de retomar paso a paso durante setecientos años esforzados el territorio nacional conquistado por los árabes, constituye un genocidio xenófobo; la definición de una cultura y una identidad nacionales en torno al catolicismo y Europa, un acto de intolerancia; la conquista del Nuevo Mundo, un atentado contra las tradiciones indígenas. España ha salvado dos veces el modo de ser de Europa, la primera en la Reconquista, la segunda en Lepanto, pero los españoles lo ignoran. Es un destino trágico.

Cuando llegué a la cadena COPE llevaba esta pena en el corazón. ¿Cómo rescatar la memoria de las gestas medievales? ¿Cómo explicar que el derecho internacional es de fundación española porque Suárez y Vitoria se preguntaron por los derechos de los indios antes que nadie? ¿Cómo mostrar que la más grande y valiente de las mujeres renacentistas, Isabel de Castilla, era español-



la? ¿Cómo hacer que la gente se sintiese orgullosa de haber hecho nacer América tal y como la conocemos hoy? Esparza fue el elegido. Javier y yo nos conocemos de los tiempos antiguos del *ABC* de Anson. Hemos compartido los orígenes de la vida laboral y el respeto que entonces experimenté hacia su forma rigurosa de trabajar y su amor a España no ha hecho sino crecer. Así que lo llamé hace un par de temporadas radiofónicas y le expliqué mi plan. Estábamos en El Escorial —qué premonitorio— y le dije simplemente: «Me gustaría contar contigo para un espacio que hiciese que los españoles se sientan orgullosos de serlo. Un espacio desafiante que explique la gesta española». No hizo falta mucho más, a José Javier Esparza se le iluminó la mirada y yo supe que era el hombre adecuado. Desde septiembre de 2006 explica Historia en *Las Tardes con Cristina* de una manera nueva. Con ilusión y orgullo, simplemente. Como explican Historia de sus respectivos países los alemanes, franceses, británicos o norteamericanos. Sin ocultar los errores ni las sombras, pero comprendiendo nuestras razones personales y colectivas y permitiéndonos sentir orgullo de lo que con razón mueve al orgullo.

No sé si Javier y yo llegaremos a puerto alguno. Ha sido tal el aluvión de desatinos pedagógicos y esfuerzos antipatrióticos que tal vez querer rescatar la memoria justa del pasado común sea ya tarea imposible. A veces, asomándose al Mediterráneo por Cataluña o al Cantábrico por el País Vasco, así parece. Pero existe una posibilidad de éxito relacionada con nuestros oyentes y con el resto de los compatriotas. Si la intuición que nos llevó a empezar la historia de *La Gesta Española* arraigase en otros y les llevase a leer y difundir su pasado, tal vez una nueva generación de españoles pudiese sentirse orgullosa de serlo. Sería hermoso, para nosotros y para el mundo. A ello intenta contribuir este libro que recoge el brillante trabajo de José Javier Esparza en la COPE: una gesta española más.

CRISTINA LÓPEZ SCHLICHTING

INTRODUCCIÓN, ACLARACIÓN, DECLARACIÓN

BRAVOS clanes campesinos que cruzan montañas para reconquistar —arado y lanza— las desiertas tierras del Duero. Comerciantes levantinos que sientan plaza en Bizancio, puerta de Oriente. Mujeres que atraviesan el océano para fundar familias en el Río de la Plata. Hidalgos menesterosos que rastrean la jungla en pos de míticas ciudades de oro. Exploradores que descubren volcanes humeantes y coronan su cumbre por el puro gozo de la aventura. Conquistadores que, tras ganar tierras y riquezas, reparten sus bienes a los pobres y se retiran a una ermita en Nueva España o en la selva ecuatorial de la Puna. Cantareras que desafían a las balas del francés para socorrer la sed de los nuestros en Bailén. Frailes que predicán el evangelio entre pueblos que nadie nunca había visto. Caballeros de lanza en ristre y damas de armas tomar. Navegantes sabios y audaces que descifran en mapas los secretos del océano y las estrellas, escribiendo rutas en el agua virgen. Santos poetas cuyo corazón vibra con el diapasón de Dios. Soldados severos y escuetos que durante tres siglos sostienen en medio mundo la bandera de la Cruz de San Andrés. Botánicos que clasifican la flora del Nuevo Mundo, filósofos empeñados en la tarea de definir la dignidad humana, mercaderes que cambian plata por especias en el Mar de la China, eruditos pioneros de la gramática romance, marinos que persiguen barcos corsarios en Jamaica o Argel, artistas entregados a la conquista del espíritu...

La Historia de España es una aventura prodigiosa.

*

Este libro tiene un único objetivo: contar historia de España a unos españoles que, cada vez más, la ignoran, y contarla, además, desde un punto de vista positivo, constructivo, sin complejos. Se trata de explicar cuáles han sido los grandes hitos de la formación de España como nación histórica. Es, ante todo, un libro destinado a los más jóvenes: son ellos quienes más han sufrido las consecuencias de unos programas de enseñanza calamitosos y la ofensiva cultural de los secesionismos regionales; son ellos, por tanto, quienes han crecido en un completo desconocimiento de qué es su país, de cuál ha sido su trayectoria, de quiénes son los españoles. Los capítulos de nuestra historia podrán servir para ofrecer una visión breve, clara y concreta de cómo nació España, cuál es su lugar en el mundo y qué aportó a la historia de la humanidad. Y servirán también para despertar el recuerdo de quienes un día supieron todas esas cosas, pero las han olvidado ya.

Los textos aquí reunidos, aunque conforman un todo ordenado cronológicamente, no fueron originalmente concebidos como material literario, sino como guión radiofónico. Son los capítulos de la sección «Historia de la gesta nacional española» en el programa *La tarde con Cristina*, en la cadena COPE. Su directora, Cristina López Schlichting, quiso con esta sección marcar una actitud de compromiso en defensa de España como nación. La forma más gráfica de hacerlo era contar algunos de los episodios fundamentales de nuestra historia, y ello en el tono más divulgativo posible. Divulgativo no quiere decir «superficial», «cómico» o «simple», sino explicado de tal manera que lo pueda entender la gran mayoría de la gente. A la hora de trasponer los guiones a formato literario, hemos preferido mantener ese tono divulgativo; por eso los numerosos textos de época que citamos han sido frecuentemente adaptados a la lengua contemporánea, para facilitar su comprensión, y también por eso hemos conservado algunas de las dramatizaciones que nos han servido para describir episodios de valor trascendental.

*

España es una nación. Más precisamente, una nación histórica. Entre los españoles, la conciencia de unidad, de pertenecer a algo común, apareció antes incluso de que el término «nación» tuviera significado político y, desde luego, antes de que esa palabra adquiriera su significado moderno. También, por supuesto, antes de que pudiera hablarse de «nacionalismos», «nacionalida-

des» o «realidades nacionales» en ninguno de los viejos reinos y territorios que iban a conformar España. Los españoles supimos que formábamos una unidad de carácter político antes de que nadie llamara a eso «nación»; eso es lo que quiere decir «nación histórica».

Nuestra cualidad nacional se fue forjando a lo largo del tiempo, a caballo de los acontecimientos; no hubo un documento firmado en un determinado momento y que proclamara el nacimiento de la nación española, sino que ésta fue conformándose como una realidad de hecho a partir de un camino común. En esa trayectoria, los elementos unitarios, de integración —lengua, religión, corona, territorio—, fueron prevaleciendo sobre los elementos disgregadores, de dispersión. Hubo una conciencia de unidad territorial, jurídica e idiomática con Roma; hubo una conciencia de unidad religiosa y cultural a partir de la expansión del cristianismo; hubo una conciencia de unidad perdida tras la invasión musulmana y de unidad recobrada durante la Reconquista; hubo una conciencia de unidad política bajo la Corona de la monarquía hispánica y tal conciencia pasaría a ser una constante de la vida colectiva durante siglos, hasta hoy.

A lo largo de ese camino de dos milenios, los españoles han forjado su identidad colectiva en condiciones frecuentemente muy duras. Siempre —no sólo hoy— hubo fuerzas que quisieron disolver el conjunto, fragmentarlo, romperlo. Esas fuerzas fueron, las más de las veces, exteriores, y en otras ocasiones, interiores. Pero también siempre prevaleció la tendencia a la unidad, a conservar y mantener y perfeccionar lo que con tanto esfuerzo se había logrado. Por eso cabe hablar de una gesta nacional. Esa gesta es la materia que narramos aquí.

*

Otra cosa importante: este no es un libro «neutro». Pretendemos contar la historia como fue, pero nuestra narración no es distante ni su tono puede ser ajeno al valor de los hechos narrados. Al revés, este es un relato escrito desde la convicción de que España es algo hermoso, grande, importante; escrito desde el amor a España, a sus gentes, a sus pueblos, a sus tierras, también a su diversidad, que es constitutiva de nuestro propio ser. España ha dejado en la historia universal cosas trascendentales en todos los órdenes, desde la navegación hasta la espiritualidad, desde las artes hasta las ciencias. En esa tarea titánica han surgido nombres propios de talla extraordinaria, ya se trate de un Juan de Austria, victorioso en Lepanto, o de un Pedro Serrano, aquel oscuro postillón que cabalgó hasta reventar —literalmente— para llevar a todas par-

tes el bando de Móstoles contra la opresión francesa. Esos nombres propios se recortan, como siluetas destacadas, sobre el fondo de un pueblo extraordinario y estremecedor, capaz de hazañas que no pueden dejar de pasmar al estudioso. Gracias a esas hazañas, nosotros existimos. En los últimos años parece haberse puesto de moda una especie de resentimiento histórico destinado a abominar sistemáticamente de todo cuanto España ha sido y es. Nuestra perspectiva es exactamente la contraria: sin silenciar episodios oscuros o poco gratos, creemos sinceramente que la historia de España tiene muchas más luces que sombras. Y eso nos enorgullece.

Como el objeto de este relato es contar la construcción de España, la mayor parte de los episodios corresponde a etapas lejanas de nuestra historia. Nuestra narración, en un arco de dos milenios, comienza con el nacimiento de la Hispania romana y llega hasta la batalla de Bailén, que en cierto modo marca el origen de la nación española moderna. Como no podía ser de otro modo, hemos prestado una atención especial a los siglos de oro, el XVI y el XVII, que fueron los de mayor esplendor de España y también, probablemente, aquellos que decidieron el lugar de España en la historia universal.

La historia siempre es forzosamente historia bélica y política, puesto que es en esos campos donde se resuelven las decisiones supremas, de manera que nuestra narración abunda en hechos de armas y episodios políticos. Ahora bien, ni la construcción de la nación descansa sólo sobre los hechos de armas y la sucesión de reyes, ni las batallas y dinastías pueden entenderse como realidades singulares y autónomas, sino que sólo tienen sentido en un contexto político, cultural, sociológico, etcétera. Por eso hemos querido subrayar siempre los aspectos más relevantes en el plano cultural, religioso, humano. Así, nos ha interesado poner el acento en cuestiones como el carácter de la gente de a pie que hizo la conquista de América (¿cómo eran, qué tenían en la cabeza esos hombres, esas mujeres que cruzaron el mar?) o en episodios de carácter filosófico y científico a los que la divulgación histórica convencional no suele conceder el relieve que merecen, como la Controversia de Valladolid, donde se alumbró el germen del concepto moderno de derechos humanos, o como la expedición científica de Francisco Hernández en Nueva España, que fue la primera del mundo en su género.

*

No vivimos hoy buenos tiempos para la reivindicación de lo español. Desde hace muchos años se ha impuesto un visión propiamente masoquista de España en la que todo cuanto pertenece a la historia de nuestro país se juzga torvo,

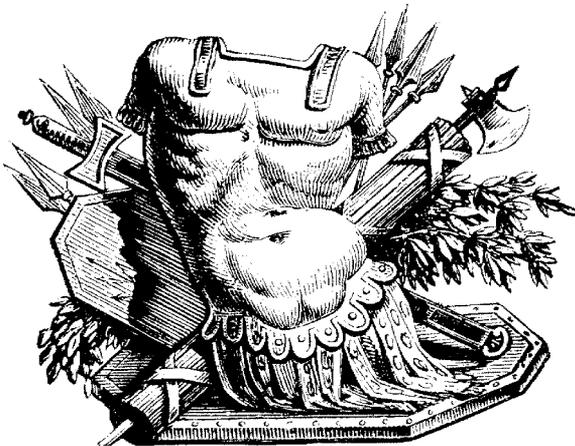
equivocado, oprobioso o inútil. Ojo: no es que se matice la historia épica nacional para acercarse a un visión más ponderada de las cosas —ejercicio que, en general, sería irreprochable—, sino que deliberadamente se transforma la apología en abominación, el ditirambo en condena, y así terminamos en una suerte de épica inversa donde lo que se canta no es lo español, sino lo antiespañol. Una legión de escritores, escritorcillos y escritorzueros lleva decenios entregada a la tarea de menoscabar sistemáticamente lo español, su realidad presente y su huella histórica. Lo que se ha operado es una auténtica inversión de la historia: tenían razón los moros al ocupar la península y la reconquista fue un error; el descubrimiento de América fue una calamidad tragicómica; nunca debimos evangelizar América, sino permitir el espontáneo progreso de los sacrificios humanos en Tenochtitlán; mantener la fidelidad a Roma frente a la reforma protestante no fue gesto de honor, sino intolerancia oscurantista, y jamás debimos oponer el menor obstáculo a los franceses de Napoleón. No faltan millonarios —nunca faltan millonarios para tales tareas— dispuestos a editar y multiplicar el eco de esa obra destructora. Hoy, entre las clases semicultas del país, se ha impuesto largamente la idea de que España merece morir. Nos la quieren sustituir por regiones-nación de historia inventada y por mitos y leyendas de origen norteamericano. Por cierto que no somos sólo nosotros, españoles, quienes sufrimos hoy la maldición de nuestra identidad: toda la cultura europea está padeciendo esta epidemia, si bien en nuestro caso presenta rasgos muy singulares —porque, en nuestro caso, el masoquismo nacional parece toda una filosofía de Estado.

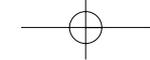
Todo esto es una locura. Pero, sobre todo, es una impostura. Y como todas las imposturas, tarde o temprano se disolverá por la simple fuerza de la evidencia. Ahora bien, para ello es preciso que alguien recuerde las certidumbres más elementales, aun a riesgo de caer en la simplificación escolar. De lo contrario, es perfectamente posible que el masoquismo nacional se prolongue de manera indefinida y que sucesivas generaciones de españoles crezcan en la certidumbre de que todo cuanto tienen atrás —sus apellidos, su linaje, sus tierras, esa catedral que se alza en su ciudad, los cuadros del Museo del Prado, el mismo idioma que hablan— es una desdicha sin límites, una maldición eterna, un error permanente que mancha su identidad con una vergüenza indeleble. En suma: si no recordamos la verdadera dimensión de la historia de España, no tardaremos en ser gentes avergonzadas de sí mismas, ese tipo de gente que sólo aspira a dejar de existir. Quizá tal sea ya, colectivamente hablando, nuestro caso.

Sea como fuere, aquí, igual que en Covadonga, bastará con que uno se plante para que cambie el curso de las cosas. En ese sentido, la palabra «recon-

quista» adquiere hoy un sabor muy particular. De algún modo, lo que hoy tenemos delante nosotros, españoles del siglo XXI, es también una reconquista de algo perdido. Lo que está en juego no es una forma de Estado más o menos abierta, ni una Constitución más o menos flexible, sino algo que se mueve en unos estratos mucho más profundos: es la supervivencia de España como agente histórico y de lo español como identidad, como forma específica de estar en el mundo.

En esa tarea, la narración de la historia cumple una misión literalmente cardinal, como las constelaciones en la noche: permite reencontrar el camino perdido.



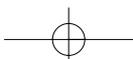


CAPÍTULO 1

CON ROMA EMPEZÓ TODO

ROMA creó Hispania. Aquí, por supuesto, había gente antes de que llegaran los romanos, pero fue Roma la que concibió la península como una unidad, la que implantó entre nosotros una lengua única; fue Roma la que creó una estructura administrativa y jurídica, y a través de Roma nos llegó la religión que muy pronto se convirtió en seña de identidad de los hispanos: el cristianismo. Roma hizo Hispania; convirtió a los celtas, íberos, celtíberos y vascones en hispanorromanos. E Hispania dio a Roma emperadores, filósofos, guerreros, docentes. Gracias a aquella unidad, hoy podemos reconocer la historia de Roma como nuestra propia historia.

¿Cómo era España antes de que llegaran los romanos? Sabemos algo; lo sabemos por los griegos y, precisamente, por los propios romanos. A lo largo de la costa mediterránea había unos pueblos a los que llamamos íberos, una civilización de tipo mediterráneo cuya lengua aún no hemos sabido descifrar. Había también, al norte de una diagonal que podemos dibujar desde Gerona hasta Huelva, pueblos de origen céltico y protocéltico, es decir, indoeuropeos anteriores a los celtas, que fueron penetrando en la península desde muchos siglos atrás. Al sur, cerca de lo que hoy es Sevilla, tal vez en la zona de Doñana, floreció una rica civilización que se llamó Tartessos; cuando los romanos llegaron, Tartessos ya sólo era un recuerdo y nosotros, hoy, no sabemos mucho más. En lo que hoy es Navarra, hasta Huesca por el este y La Rioja por el sur, había otro pueblo al que se llamaba vascones, y que no era íbero ni tampoco celta. En el centro de la península, entre lo que hoy es Aragón y Castilla la Vieja, estaban los celtíberos: durante mucho tiempo se pensó que eran mezcla de celtas e íberos, pero hoy sabemos que eran, fundamentalmente, celtas que habían adoptado el alfabeto ibérico.



La entrada en la historia

El grado de civilización de estos pueblos era rudimentario: los celtas constituían clanes de tipo agrario, ganadero y cazador sin estructura política visible. En cuanto a los íberos, desde el siglo IX antes de Cristo (a.C.) van a ser objeto de las disputas comerciales entre griegos y fenicios. Los fenicios fundan Cádiz en el siglo IX a.C. Los griegos llegan en el siglo VIII. Unos y otros debieron de influir mucho en Tartessos, pero el foco de Tartessos, que alcanzó gran desarrollo, desapareció sin dejar rastro y aún no sabemos a ciencia cierta por qué. Poco después empiezan a aparecer pequeñas ciudades tanto entre los celtas como entre los íberos; hacia el siglo V a.C. puede hablarse de estructuras políticas más complejas, pero nada semejante a reinos o a ciudades-Estado como las del Mediterráneo oriental. En ese momento, la península ibérica es un lugar remoto en el extremo occidente de Europa, un país lejano que llama la atención de los comerciantes por sus yacimientos de metales. La potencia dominante en la región es Cartago, una colonia construida por los fenicios en el norte de África, lo que hoy es Túnez.

Cartago tenía vía libre en la península. Era un reino poderoso y rico, con una flota extraordinaria; una oligarquía comercial de costumbres pacíficas cuyo ejército estaba constituido fundamentalmente por mercenarios de otros pueblos. ¿Pacífico? Sí, pero contaba entre sus costumbres el sacrificio ritual de niños. Los comerciantes cartagineses traficaban en la península sin que nadie les molestara. Ahora bien, pronto apareció una inesperada potencia hacia levante: Roma. Cartago y Roma entraron en conflicto por la posesión de Sicilia; fue la primera guerra púnica. Habría tres. Las guerras entre romanos y cartagineses duraron más de un siglo, desde 264 hasta 146 a.C. Roma ganó siempre. Cartago quedó borrada de la historia.

Ese es el contexto en el que Roma entra por primera vez en la península ibérica. Es el año 219 a.C. Ha empezado la segunda guerra púnica. El cartaginés Aníbal ha invadido Italia por tierra, desde la costa mediterránea española, a través del sur de Francia y cruzando después los Alpes. Por el camino, ha asediado y destruido la ciudad de Sagunto, aliada de Roma. Para restar fuerzas a los cartagineses, Roma decide desembarcar en España y cortar la retaguardia del cartaginés. Los hermanos Escipión toman tierra en Ampurias, Gerona, y se enfrentan a los cartagineses. Fracasarán. Acto seguido desembarca otro Escipión, Publio Cornelio, hijo de uno de los anteriores, y esta vez sí logra su objetivo: derrota a los cartagineses, toma Cartago Nova (Cartagena) y, a partir de ahí, recorre todo el sur de la península hasta vencer definitiva-

mente a los púnicos en Ilipa, cerca de Sevilla. Este Escipión recibirá después el sobrenombre de «el Africano», porque será él quien derrote a Aníbal y destruya Cartago. Pero retengamos su nombre para nuestra historia: con Publio Cornelio Escipión, un joven general de veinticinco años, España empezó a ser romana.

El talento de Escipión

Escipión no era sólo un general excelente, sino que además era un político sagaz y un notable estratega. Cuando tomó Cartago Nova, en 209 a.C., descubrió que los cartagineses mantenían presos allí, en calidad de rehenes, a numerosos familiares de los jefes indígenas. Escipión los liberó, asegurándose con ello la amistad de una importante porción de cabecillas locales. De hecho, los hispanos proclamaron rey a Escipión en 208 a.C. El romano no podía aceptar el cargo porque era magistrado de Roma, del mismo modo que no aceptó la entrega de una princesa íbera como recompensa por su victoria, sino que liberó a la joven; tales renunciaciones agigantaron la imagen del general entre los hispanos. Durante su campaña por la península, Escipión fue suscribiendo pactos con los pueblos que iba encontrando por el camino, de tal manera que su ejército pronto estuvo compuesto por un nutrido contingente de hispanos. Son muchas las ciudades que pasaron a la esfera política de Roma por propia iniciativa. Y los romanos, por su parte, establecieron su sistema de poder pactando siempre que fue posible con las oligarquías locales.

Por supuesto, no siempre fue posible el pacto: lusitanos, celtas y celtíberos plantarán cara a las legiones, frecuentemente hasta la muerte, en largas guerras que traerán de cabeza a los romanos y dejarán en la historia los nombres de Viriato, Numancia, Calagurris o Estepa. La belicosa fama de los hispanos arranca de estos episodios. La completa sumisión de la península no se obtiene hasta la derrota de los cántabros y los astures, y eso ocurre en el año 19 a.C., es decir, casi dos siglos después de que los romanos desembarcaran en Ampurias.

Hubo resistencia, pues. Sin embargo, lo más sorprendente es la rapidez con que los hispanos, una vez vencidos, se romanizaron. Incluso en las áreas donde los celtíberos opusieron una resistencia feroz a Roma, la verdad es que, una vez incorporados al Imperio, la romanización fue rapidísima. Estrabón, que escribe en el siglo I a.C., ofrece un buen ejemplo cuando habla de los turdetanos, que ocupaban todo el valle del Guadalquivir desde Cádiz hasta Sierra Morena, y que habían resistido a Roma con el apoyo de tropas celtíberas:

Tienen los turdetanos, además de una tierra rica, costumbres dulces y cultivadas, debidas a su vecindad con los celtas, o como ha dicho Polibio, a su parentesco, aunque en estos últimos se da en grado menor, pues la mayoría vive en aldeas. Sin embargo, los turdetanos, sobre todo los que viven en las orillas del Betis, han adquirido enteramente la manera de vivir de los romanos, hasta olvidar su idioma propio. Además, la mayoría se han hecho latinos, han tomado colonos romanos y falta poco para que todos se hagan romanos. Las ciudades ahora colonizadas muestran bien claro el cambio que se ha operado en su constitución política. Llámense «togados» a los íberos que han adoptado este régimen de vida. Los celtíberos mismos están hoy en día entre ellos, aunque hayan tenido fama en otro tiempo de ser más feroces.

Los celtíberos, en efecto, fueron quienes más ferocidad desplegaron contra Roma. Pero, tras su derrota, tardaron muy poco en hacerse romanos. Es un proceso muy simple, muy común en la historia, semejante al que luego desplegará España en América: una civilización más compleja, de formas más perfeccionadas, termina siendo asumida como propia por las poblaciones invadidas. Y por mucha simpatía que nos inspiren los viejos celtas e íberos, es indudable que la civilización romana era muy superior a las que había en la península antes de la invasión romana.

A todo esto, ¿qué se les había perdido a los romanos en Hispania? ¿Por qué vinieron? Por tres razones. Una, de tipo cultural, tiene que ver con la propia dinámica romana desde su origen: un proceso de expansión e incorporación de nuevos territorios, donde la conquista formaba parte de las aspiraciones naturales de las familias importantes (y de las menos importantes, para ganar prestigio). Otra, de tipo político, deriva de la oposición con Cartago: era necesario ocupar el mediterráneo occidental y acabar con la amenaza cartaginesa. Una tercera razón, de tipo económico, concierne a las riquezas naturales de la península: por sus yacimientos de metales y sus posibilidades agrarias, Hispania se convirtió pronto en el vivero del Imperio. Así fueron llegando a Hispania gentes procedentes de Italia que al poco acabarían fusionándose con las poblaciones autóctonas.

La romanización

Una vez aquí, Roma crea una civilización: divide el territorio en provincias, organiza un sistema de leyes, funda colonias, construye calzadas, generaliza el uso del latín... Siguiendo un método sistemático de colonización, Roma entrega tierras en diferentes puntos del Imperio a sus legionarios licenciados; son miles los que se asientan en Hispania. Las ciudades se distinguen en fun-

ción de su estatuto jurídico: las colonias exclusivamente romanas, los municipios aborígenes incorporados a Roma, las ciudades indígenas federadas a través de pactos locales... Las instituciones sociales de los hispanos se solapan con las romanas: la *fides*, la clientela, que prescribe la fidelidad a un patrón; la *devotio*, que representa la culminación de la *fides* ofreciendo la vida por el jefe...

Las viejas élites indígenas se romanizan por completo y pasan a constituir las nuevas oligarquías de los grandes centros urbanos. Los guerreros hispanos combaten ahora bajo las águilas de Roma. Hay casos muy famosos, como el de un escuadrón de caballería compuesto por celtíberos que combatió en Áscoli, en el centro de Italia. Poco a poco, los perfiles originales del mundo prerromano van difuminándose en la nueva situación. Esto, Hispania, ya es Roma. Lo será para dar cónsules, como el gaditano Cornelio Balbo, o senadores como Julio Gallo. Lo será incluso a la hora de servir como escenario para las guerras civiles entre Mario y Sila, o entre Pompeyo y César, que tuvieron en Hispania sus episodios más sangrientos.

El momento de mayor esplendor de la Hispania romana llega con la dinastía Flavia, en el siglo I después de Cristo (d.C.). El Imperio romano goza de su máxima extensión. En la cumbre habrá dos emperadores nacidos en Híspalis, Sevilla: Trajano y Adriano. Es el siglo del filósofo Séneca, nacido en Córdoba, y del pedagogo Quintiliano, nacido en Calahorra. En el senado de Roma hay un clan hispanorromano que goza de gran influencia.

Lo que ha nacido es la conciencia hispanorromana: los hispanos son romanos de la península ibérica, tan romanos como los de Roma; no hay una mentalidad de colono, de itálico trasterrado en otro lugar, sino que ser hispano es ser romano. Su hogar, su tierra, es Hispania. Un buen ejemplo de esa sensibilidad es el poeta Marcial, que vivió en el siglo I d.C. Marcial, nacido en BÍlbilis, la actual Calatayud, partió para Roma y, tras una vida llena de vicisitudes, volvió a su tierra natal, instalándose en la hacienda que le donó una admiradora. Para un romano como él, en su tierra hispana, esa era la vida ideal. Así la describió en carta a un amigo:

BÍlbilis, orgullosa de su oro y de su hierro, a la que vuelvo tras muchos inviernos, me ha acogido haciendo de mí un labrador; aquí, indolente, cultivo con un trabajo placentero Boterdo y Platea, pues estos son los nombres que hallarás en las tierras de Celtiberia. Gozo de un sueño prolongado y profundo que, con relativa frecuencia, no se ve interrumpido hasta las nueve de la mañana, al tiempo que me repongo de cuantos madrugones he tenido que soportar durante treinta años. La toga es desconocida, pero cuando la pido me dan un vestido que tengo encima de una silla al alcance de la mano. Al levantarme

me acojo a un fuego alimentado por un soberbio montón de ramaje traído del robledal cercano, al que el ama de casa corona con abundantes pucheros. Después llega el cazador, uno como el que tú quisieras tener a tus órdenes en un bosque apartado. El aparcerero, sin barba, distribuye el alimento entre los esclavos y me pide que les deje cortar su larga cabellera. De esta forma me gusta vivir y de este modo me gustaría morir.

Marcial murió, en efecto, seis años después, en la paz bucólica de la vida rural bilbilitana. La vida no era tan bucólica para todos, por supuesto, pero Hispania conocerá un larguísimo periodo de paz. A principios del siglo III, el emperador Caracalla concedió la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio. En esa época, el cristianismo ya se ha extendido por toda la península. Luego llegará el hundimiento. Pero ese hundimiento dejó una unidad política, cultural y religiosa que se llamó Hispania. Y de ahí venimos nosotros. Roma fue el embrión de España como nación histórica.

